

Nota del editor a la presente edición

El Periódico, —según la traducción mexicana de 1962 acometida por UTEHA, en la que nos basamos—, presenta diversos orígenes según queramos acercarnos a ‘la obra’, y me explico.

Debió ser a mediados o finales de los años veinte del pasado siglo cuando Henri Berr, a la sazón fundador y director de la Escuela de Síntesis, encargó al profesor Georges Weill (1865-1944) la redacción de una Historia General de la Prensa. Henri Berr había proyectado la edición de una obra monumental de síntesis histórica que, de manera incompleta, vería la luz a lo largo de varias décadas: *L'Évolution de l'Humanité*. En el seno de esa obra, tres volúmenes debían dar cuenta de lo que supuso para la civilización el paso de la escritura a la imprenta. Esos libros habían de ser *Le Langage. Introduction linguistique à l'Histoire* (1923) —a cargo de J. Vendreys—, *L'Apparition du livre* (1958) —encargado a Lucien Febvre— y *Le Journal. Origines, évolution et rôle de la presse périodique* (1934) —Weill.

Le Journal se publicó en 1934 bajo el cuidado de la editorial La Renaissance du Livre, París, en edición rústica, en octavo; un volumen mediano de 20 centímetros de alto por 14 de ancho que alcanzaba las 472 páginas. Esta edición incluía un exhaustivo índice analítico y 8 ilustraciones fuera de texto, insertadas éstas en la unión de dos cuadernillos en unos casos y justo en medio del cuadernillo en otros.

La importancia que esta obra tiene para España radica en el hecho de ser la primera Historia General de la Prensa que, en castellano, alcanza una difusión digna de tenerse en cuenta. Y es un hecho relevante, o curioso si acaso, que *Le Journal* sólo fuera traducido a este idioma.

La primera versión de *Le Journal* al castellano corre a cargo de Paulino Masip, que la tradujo como *El diario: historia y función de la prensa periódica*. La publicó el Fondo de Cultura Económica en México, en 1941. Esta edición incluía un apéndice firmado por Andrés Henestrosa y J.A. Fernández de Castro con el título *Sobre periodismo y periodistas de Hispanoamérica*. No dispongo de datos precisos sobre la difusión que haya podido tener esta

edición, sin embargo, la propia traducción del título de la obra indica una mutilación y un error de interpretación. Un Diario es diario, lo que Weill deja claro al comienzo del libro; no es lo mismo un *journal* que un *quotidienne*: «Journal', pour un homme de notre temps, signifie 'quotidienne'; c'était là chose inconnue au XVIIIe siècle» (Weill, 1934:3). El periódico se hará diario o no dependiendo de diversos hechos; el primer intento conocido tiene lugar en la Inglaterra de 1702.

La segunda versión castellana apareció publicada en el año 1962, firmada por Virgilio Beléndez y bajo el sello de la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana (UTEHA). Existe una reimpresión del año 1974 que, a buen seguro, ha sido la más difundida entre los primeros estudiantes de periodismo de este país, al menos entre los que hoy forman el grueso de la plantilla docente de las facultades de Comunicación o, como se decía hasta hace poco, Ciencias de la Información.

De todo esto podemos sacar algunas conclusiones.

La importancia del libro de Weill en la memoria bibliográfica de la periodística española tiene, digámoslo así, un origen casual. La primera casualidad estriba en que desde México se tradujo este libro al castellano (1941, FCE); la segunda fue la adquisición de los derechos de traducción de *L'Évolution de l'Humanité* por parte de la Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, una magnífica colección de libros de historia firmada por los mejores historiadores, en su mayor parte franceses, del primer tercio del siglo XX. Entre ellos se encontraba Georges Weill, que además de *Le Journal* redactó, también por encargo del propio Berr, *L'Europe du XIXe siècle et l'idée de nationalité* (1938). Estos textos penetraron a través de la empresa que comercializaba el fondo de UTEHA en España, Montaner y Simón.

Que en España no existían historias generales de la prensa salta a la vista sin necesidad de hacer grandes indagaciones en las bibliotecas. En cualquier bibliografía universitaria al uso, el texto más antiguo que encontramos sobre historia (general) de la prensa (en español me refiero) es *El Periódico* de Weill (1962). Además, basta con leer el tesoro que este libro tiene por bibliografía para darse cuenta de que no hay un solo título en español que acometiera la tarea de historiar la prensa a escala internacional. No obstante, me gustaría destacar aquí a los únicos autores españoles que maneja Weill como fuente de información para el caso español: Manuel Chaves Rey, cuya *Historia y bibliografía de la prensa sevillana* (1896) aparece citada en nota al pie; Gómez Imaz, *Los periódicos durante la guerra de la Independencia* (1910); Pérez de Guzmán y Gallo, *Bosquejo histórico-documental de la Gaceta de Madrid* (1902).

España y el caso español aparecen mencionados en cuatro o cinco ocasiones a lo largo de la obra, y en ningún momento va esto más allá de la simple anécdota. No encontrará el lector en este libro los rasgos de la prensa española del XIX ni de comienzos del XX. Olvídense. Las «prensas nacionales» objeto de estudio se circunscriben básicamente a las grandes potencias occidentales del XIX y XX, a saber, Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania. En menor medida se abordan los casos italiano y ruso, junto con referencias puntuales a países como Grecia, Holanda, Bélgica, Suiza, Turquía, Egipto, Japón, la India o China.

Con esta edición hemos pretendido poner de nuevo en circulación una obra ya clásica de la historia de la prensa occidental, descatalogada desde hace algo más de dos décadas. *El periódico* trata fundamentalmente dos aspectos: a) los orígenes de la prensa, lo que podríamos denominar como periodismo preindustrial y b) el desarrollo y consolidación de la prensa durante el siglo XIX, el llamado siglo de oro de la prensa.

Poner al alcance de los nuevos alumnos de periodismo esta joya de la literatura periodística es la razón principal de la edición que aquí acometemos. Siendo esto así, hemos creído conveniente acompañar este texto de una apostilla, complemento o breve explicación del devenir de la prensa desde los años treinta del siglo XX —fecha en la que se publicó la edición original (1934)— hasta la actualidad. Para esta labor se ofreció de manera entusiasta y generosa doña María José Ruiz Acosta, profesora de Historia de la Comunicación del departamento de Periodismo de la Universidad de Sevilla. Ruiz Acosta, en un magnífico ejercicio de síntesis, y manteniendo la estructura discursiva de la obra a la que acompaña, nos esboza el desarrollo de la prensa periódica posterior al lapso temporal que abarca la obra de Weill, respondiendo a las preguntas que el propio autor dejó en el aire en la conclusión de su libro. Así, esta nueva edición de *El periódico* permite tanto a estudiantes como a cualquier persona ajena al periodismo adentrarse en su historia de la mano de un texto bello como el de Weill, y terminarlo teniendo una idea clara y cabal de lo que ha sido y es el fenómeno de la prensa periódica hasta hace bien poco.

No me extenderé ni una línea más, pues los libros, los buenos libros, hablan por sí mismos. Disfrútelo el lector.

Pedro J. Crespo
Manganeses de la Lampreana, diciembre de 2006.

Introducción

Los orígenes del periódico se han buscado en la Antigüedad. Joseph-Victor Le Clerc publicó en 1838 su libro *Los periódicos entre los romanos*. Sin negar ingeniosas semejanzas, yo no me remontaré tan alto: la invención de la imprenta es lo que ha hecho posible el periódico. Antes se tenía la noticia manuscrita; después se tuvo la noticia impresa. ¿Puede ésta ser calificada de periódico? En Alemania toma en seguida el nombre que designará a este último: *Zeitung*. Presenta varios de los caracteres de nuestros diarios, la actualidad, la publicidad, la búsqueda de lo sensacional; le falta lo más importante: la periodicidad. Estas hojas, que no tienen más que un sólo número, preparan los periódicos futuros; no son todavía los periódicos.

Éstos, según nuestros actuales conocimientos, aparecen al comienzo del siglo xvii. Hay que precisar más. Periódico, para un hombre de nuestro tiempo, significa diario; esto era algo desconocido en el siglo xvii. Aparte de dos o tres ensayos abandonados en seguida, el primer diario capaz de vivir comenzó en 1702 en Inglaterra; no lo hay en París antes de 1777, en los Estados Unidos antes de 1784. Periódicos que aparecían cada semana les bastaban a los contemporáneos de Luis XIV y de Guillermo de Orange; en Francia, la gaceta semanal se opuso largo tiempo al periódico publicado todos los meses.

Después de 1789, el periódico se convierte en todas partes en el diario; pronto se diferencia de la revista, que aparece ya raramente y trata los mismos temas de un modo más profundo. Es en la Gran Bretaña donde nacieron, al comienzo del siglo xix, la *Edinburgh Review* y la *Quarterly Review*, seguidas después por las revistas del continente. En los siglos xvii y xviii la prensa periódica no era todavía tan rica y tan variada como para hacer distinciones tan rigurosas; el historiador del periódico está obligado

¹ Para la historia de las revistas, que no se aborda aquí, véase Gerhard Menz, *Die Zeitschrift*. Stuttgart, 1928.

a mencionar de esta época compilaciones que en lo sucesivo no tendrán ya relación con él.¹

Se ha creído durante mucho tiempo que los periódicos no ofrecen materia para un estudio histórico. Estas efímeras publicaciones, destinadas a desaparecer después de una rápida lectura, sólo inspiraban desdén a los hombres de letras y a los sabios que hubieran podido ocuparse de ellas. De ningún modo se pensaba en recopilar y en conservar estas frágiles hojas, fácilmente desgarradas; ésta es la causa de que muchas hayan desaparecido. La creciente afición al documento durante el siglo XIX es lo que cambió la actitud de los hombres de letras. Sainte-Beuve, uno de los primeros, con su curiosidad siempre despierta, escribía en 1839: «Está por hacer una historia de los periódicos... Pero la empresa que propongo en este momento y que columbro, esta especie de *sueño de la lechera* que consumo frente a mi escritorio, esta historia de los periódicos, pues, aunque sea incompleta y aunque su inexactitud sea inevitable ¿se hará? Lo dudo un poco...»² Estos temores no estaban justificados, pues Hatin en Francia y Prutz en Alemania comenzaban precisamente sus estudios sobre la prensa; pero se ha necesitado todavía cierto tiempo para que todos los historiadores hayan comprendido la importancia de los periódicos. Ahora buscan en estas hojas bien nuevos hechos, bien la impresión que los hechos conocidos produjeron a los contemporáneos. Más recientemente hemos visto nacer, en Alemania sobre todo, la «ciencia del periódico» (*Zeitungswissenschaft*), que tiene por base la investigación histórica.

La historia del periódico es compleja y difícil, pues no se la puede aislar de la historia general de la civilización. Todas las grandes innovaciones políticas, intelectuales, económicas, técnicas, han ejercido su acción sobre la prensa periódica. Consideremos, por ejemplo, sus comienzos. El espíritu del Renacimiento despierta el interés del hombre por todas las cosas humanas. Los grandes descubrimientos marítimos extienden esta curiosidad a los países lejanos. Las guerras del siglo XVI, sobre todo las guerras turcas, suscitan la atención y la inquietud. Si bien la imprenta suministra los elementos necesarios para esparcir las noticias, es la organización de la posta, con los correos que parten cada semana, la que hace a las gacetas semanales. Asimismo, la prensa de vapor y el ferrocarril son los que facilitan en el siglo XIX la difusión de los diarios.

No han tenido menor importancia las transformaciones políticas. Los progresos de la democracia, que llevan aparejados como consecuencias la

² *Revue des Deux Mondes*, 15 de diciembre de 1839.

instrucción primaria gratuita y el sufragio universal, han hecho posible y necesaria la enorme difusión de los periódicos. La Rusia de los Soviets ha hecho de la prensa «obrero y campesino» el instrumento encargado de esparcir la nueva fe comunista.

Las obras serias que existen sobre la historia de la prensa han adoptado siempre como marco la vida de una sola nación. Yo he intentado seguir esta historia durante tres siglos en cuatro países: Alemania, los Estados Unidos, Francia y la Gran Bretaña. La evolución del periódico en estos pueblos ofrece bastantes diferencias y bastantes semejanzas para poder sacar de ellas ciertas conclusiones generales. He tomado ejemplos y hechos de otros muchos Estados. Mis deseos son que este esquema de conjunto contribuya a provocar los estudios particulares, científicos y profundizados, que todavía necesitamos.